¿Qué es la patafísica?

La palabra patafísica es enunciada por primera vez por el escritor francés Alfred Jarry (1873-1907), y la hace derivar del griego *epí ta metá ta physiká*: lo que se encuentra alrededor de lo que está más allá de la física. En la década de los 50 del siglo pasado, se forma en París el *Collège de Pataphysique* de París, integrado, entre otros, por Raymond Queneau, Umberto Eco, Marcel Duchamp, Georges Pérec, Boris Vian, Joan Miró. La patafísica es la ciencia que estudia las excepciones. También se la define como la ciencia de las soluciones imaginarias. Si la metafísica es lo que está más allá de la física, la patafísica está más allá de la metafísica. Tal vez la mejor definición práctica es la que sigue: si la física estudia las proporciones a las que llega una piedra lanzada al aire: peso, altura, fuerza de impulso, gravedad, impacto contra el suelo, y la metafísica averigua (o lo intenta) las causas primeras, la patafísica solo estudia las piedras que se quedan flotando en el aire.

Es costumbre en la patafísica aplicar títulos rimbombantes, como mofa de las Academias, a sus miembros o sus eventos.

El 2005 conocí a Ángel Olgoso, el entonces autoproclamado Rector Magnífico del *Institutum Pataphisicum Granatensis* (es sabido que en puridad latinista, debería ser *Granatense*, y no Granatensis, pero tal vez así suene más a latinajo). En 2007 se desocultó el *Institutum* con un acto en los locales de la Caja General de Granada en la calle de San Antón (hoy inexistentes) en el que sus miembros, para entonces más de una docena, nos dimos a conocer al público.

Desde entonces, sus actividades han sido múltiples: mantenimiento de una página web: http://institutumpataphysicumgranatensis.com/Index.html; publicación del boletín (25 números) *El escarbadientes espiral*, edición de lujo de esos boletines aparecidos en un solo libro (joya bibliográfica maquetada y hecha imprimir por el sátrapa Ismael Ramos), ágapes estacionales, de los que se realizan cuatro al año, como el adjetivo estacional indica, actos patafísicos en el Centro Artístico, Literario y Científico de Granada. En los ágapes estacionales suele otorgarse el Premio Epifenómenos Fenomenales al Sátrapa Trascendente que le corresponde por riguroso orden de antigüedad (de antiguo, es decir, por añoso, no de pertenencia al Institutum), consistente en un millón de agapitercios, moneda que cotiza en el mercado a razón de 1 euro = -1 agapitercio, con lo cual el desgraciado es endeudado de por vida. Asimismo, se acepta el ingreso de nuevos/as Sátrapas Trascendentes, a quienes se

somete a defenestración, cuyos daguerrotipos pueden contemplarse en la antedicha página web.

Entre sus miembros más destacados están: Ángel Olgoso, como Rector Magnífico Perezoso, quien fue depuesto por un golpe de estado a plátano armado y readmitido en su cargo de inmediato por la simple razón práctica de haberlo hecho muy bien, Andrés Sopeña, Umberto Eco (honorario), José María Merino, Fernando de Villena, José Antonio López Nevot, etc.

Mis cargos en el Institutum son los que siguen: Regente de la Cátedra de Apoteosis Novelesca Aplicada, Administrador de la Sub-Comisión de Ciencias Practicables e Impracticables, Secretario del Departamento de Cabalística Agnóstica.

Como ejemplo paradigmático de solución imaginaria para un problema real, elaborada por Boris Vian, ínclito miembro del *Collège de Pataphysique* parisino, ingeniero industrial por sus estudios, novelista y músico de jazz, es el tobogán proyectado para llevar los coches desde París hasta Marsella, y viceversa, en épocas estivales, evitando atascos y consumo de gasolina con la consiguiente contaminación; un diminuto problema soslayable era la altura, un tanto desmesurada, requerida para la estación de impulso, ya en París o ya en Marsella, que se elevaba a varios quilómetros (más de ocho, que cualquier aficionado puede superar: no hay sino comprobar las colas propias de rebajas para ascender al monte Everest) sobre el nivel de las respectivas ciudades. Si en el interior de los coches debían viajar los usuarios, suponiendo que no se desease desviar el conflicto de los automóviles a los trenes, el asunto podía solucionarse aguantando la respiración. Otro problema era el frenado tras precipitarse por la rampa del tobogán: en tal caso, cada uno podía solventar el tema por sus propios medios o aguantar el impacto que, a fin de cuentas, tampoco debía ser tan contundente.